

italianos una de sus más hermosas provincias y regresar maldecido por ellos, se habría declarado el problema insoluble. Pues no lo era; la experiencia lo ha probado.» El rey Víctor Manuel, que bajo las francas maneras del soldado ocultaba el espíritu reflexivo del político, supo reprimir su penosa impresión, asegurando al Emperador su gratitud por lo que había hecho en favor de la independencia italiana; pero Cavour, á quien el deber no encadenaba al ministerio, presentó la dimisión, cediendo el poder á Rattazzi, y como simple particular, hizo amplio uso de su libertad de acción dirigiendo bajo mano, á fines de Julio, la instauración de los gobiernos provisionales de Florencia, Módena y Bolonia, independientes al parecer, dirigidos realmente por la corte de Turín, y que, alentados por el gobierno inglés, más propicio ahora que Napoleón III á la causa italiana, provocaron, del diez y seis al veinte de Agosto, plebiscitos de anexión al reino de Cerdeña. No atreviéndose, falto de pericia y de valor, á apoyar á los revolucionarios italianos ni á combatirlos, Napoleón III suplicaba á Pío IX ingresar en la Confederación, introducir reformas y otorgar la autonomía á las Legaciones; enviaba á Toscana y á Emilia agentes diplomáticos, para inducir á los gobiernos provisionales á someterse de buen grado á los convenios de Villafranca; á este mismo fin, publicaba notas en el *Moniteur*, y el veinte de Octubre, escribía á Víctor Manuel exponiéndole sus ideas acerca del modo de funcionar la futura Confederación, que tendría por jefe honorario al Papa, por jefe efectivo al rey de Cerdeña y por asiento á Roma. Trabajo perdido. La corte romana se resistía á otorgar reformas; las poblaciones sublevadas respondían que no se las había consultado para disponer de ellas en los preliminares de Villafranca, y el rey de Cerdeña manifestaba que, si se sustraía á los votos de los patriotas, sería arrastrado por la revolución, que Garibaldi y sus amigos fundarían la república en Italia y que este ejemplo podría ser contagioso. De esta suerte, Víctor Manuel y sus ministros se presentaban ante Francia y ante Europa como defensores necesarios del orden monárquico en la Península, y había que creerlos, puesto que, invocando el sentimiento patriótico, persuadían á Garibaldi á resignar el mando. Sabían guardar las formas, sin dejar de ir derechos á su fin. Si el rey del Piamonte no permitía, por escrúpulos diplomáticos, á su pariente el príncipe de Carignan ir á Módena, donde la Liga de la Italia central le confiara la regencia, dejaba ir en su lugar á Buoncompagni, que, como todo el mundo sabía, era un agente del gobierno piamontés. En suma, que la anexión realmente estaba efectuada. Precisamente en esta misma época, los plenipotenciarios de Francia, Cerdeña y Austria, reunidos en Zurich, concluían el diez de Noviembre, para asegurar la ejecución de los preliminares de Villafranca, tres tratados, en los que ya no se consignaba, como en los preliminares, la vuelta á sus Estados de los soberanos destronados, se les reservaba simplemente sus derechos, que habría de definir un congreso convocado por el Emperador de los franceses, el cual congreso era muy dudoso que se reuniese, ya por

querer Inglaterra que se dejase á los italianos en libertad de no admitir á sus príncipes, ya por negarse Austria á asistir sin la previa restauración de aquéllos.

Por si esto no fuera bastante, el mismo Napoleón III hizo imposible el congreso, por una nueva evolución en su política. Viendo que las anexiones eran inevitables, pensó que lo conveniente era acomodarse á las circunstancias y sacar de ellas el mayor provecho posible. Al efecto, empezó por dar á la estampa, en Diciembre de mil ochocientos cincuenta y nueve, un folleto anónimo, titulado *El Papa y el Congreso*, en el que se invitaba al Santo Padre á renunciar la mayor parte de su dominio temporal; y luego, el treinta y uno del mismo mes, le escribió aconsejándole abandonar cuando menos las romanías. Pío IX, en la recepción oficial de primero de Enero de mil ochocientos sesenta, calificó el folleto de «monumento insigne de hipocresía y tejido innoble de contradicciones», y poco después, el diez y nueve del propio mes y año, lanzaba furibunda encíclica, en que se confundía lastimosamente la política con la religión, y se declaraba á los adversarios de su poder temporal dignos de los mismos anatemas que los de su autoridad espiritual. Napoleón III, sin inmutarse por esto, poníase de acuerdo con el gobierno inglés sobre el principio de no intervención en Italia y sobre la legitimidad de las anexiones, caso de ser pedidas por asambleas regularmente elegidas, y al mismo tiempo, preparaba la vuelta de Cavour al poder y la reunión á Francia de Saboya y Niza, que no se había atrevido á pedir al día siguiente de Villafranca, por haber faltado por su parte á los compromisos contraídos con el Piamonte. El veinte de Enero, Cavour volvía á ser presidente del Consejo de ministros; el veintisiete, anunciaba el propósito de convocar un parlamento, donde las provincias del centro estarían representadas de igual modo que las antiguas piamontesas, y el tres de Febrero, el Emperador de los franceses expresaba públicamente la idea de que, si la Italia central se incorporaba al Piamonte, Francia tendría derecho á que se rectificase su frontera por la parte de los Alpes. Esta declaración disgustó al principio á Inglaterra; mas no tardó esta en comprender que las relaciones de Italia y Francia habrían de relajarse, por el sacrificio que esta potencia exigía de la primera. Esta misma consideración contuvo á Austria. Libre de obstáculos por fuera, bastóle á Napoleón III, para efectuar la unión, tomar algunas precauciones, que requería la delicada posición de Cavour para con la nación italiana en general y el pueblo piamontés en particular. Pedía el sagaz ministro, para no perder la popularidad en su país, se simulase que obraba en este asunto contra su voluntad, por fuerza mayor: juego á que se prestó el Emperador. De aquí la nota francesa del veinticuatro de Febrero, invitando á Cerdeña á contentarse con Parma, Módena y el Vicariato de las Legaciones, y reclamando la restauración del Gran Duque de Toscana. Cavour respondió que el voto de la Italia central era irresistible y que el emperador de los franceses, apóstol de la política plebiscitaria, no podía oponerse á que las poblaciones que deseaban tener por rey á Víctor Manuel fuesen invitadas de

nuevo á manifestar su voluntad por medio del sufragio universal. Así se hizo. Las provincias de Toscana, Emilia y Legaciones, consultadas oficialmente, votaron, del once al quince de Marzo, casi por unanimidad, la reunión de su país á Cerdeña; Víctor Manuel declaró, el veintidós, que aceptaba sus sufragios, y el nuevo parlamento fué convocado para el dos de Abril. Después de esto, no tenía más remedio Cavour que resignarse á abandonar Niza y Saboya; pero, como aparentase vacilar, Napoleón III envió á Turín un agente especial, Benedetti, con el encargo de hablar muy alto. Víctor Manuel y su ministro, simulando ceder á una especie de *ultimatum*, concluyeron, el veinticuatro de Marzo de mil ochocientos sesenta, el tratado, cediendo á Francia las dos provincias en cuestión, á reserva de consultarse á sus habitantes, los cuales, por los plebiscitos de quince y veintidós de Abril, manifestaron su voluntad de anexionarse á Francia. En el parlamento sardo se formularon algunas protestas, que Cavour ahogó con elocuentísimo discurso, siendo votada la cesión por doscientos veintinueve votos contra treinta y nueve.

En el acto de firmar el tratado, dijo Cavour al embajador francés: «Desde ahora, ustedes son nuestros cómplices»: frase profunda, que los sucesos no tardaron en justificar. Después de lo que acababa de suceder en Italia, no se necesitaba ser un lince para ver que los gobiernos de Roma y de Nápoles carecían de asiento y que de un día á otro iban á caer. Napoleón III quería salvarlos; pero pedía, al efecto, que ellos se ayudasen, y aquellos gobiernos, como poseídos de vértigo, se precipitaban al abismo. El veintiséis de Marzo, lanzaba el Papa contra Víctor Manuel y sus cómplices una excomunión, que no dejó de chamuscar al Emperador de los franceses, y al mismo tiempo, excitaba contra este último al episcopado francés; organizaba á tambor batiente, para prescindir de las tropas imperiales, un ejército baladrón y violento, en que sentaban plaza los legitimismos franceses y se hacían manifestaciones públicas en honor de Enrique V; llamaba para mandar este ejército á un proscrito del dos de Diciembre, furioso enemigo del Emperador, el general Lamoriciere, y rechazaba con arrogancia una proposición de subsidio y garantía territorial que le dirigiera el gobierno francés, al par que una nueva petición de reformas. Napoleón III, agraviado por actos tan injustificados é inconvenientes, estuvo á punto de llamar sus tropas; pero si las llamaba, ¿quién le respondía de que Cavour no pretextase nuevos gritos de dolor para proceder á nuevas emancipaciones y nuevas anexionaciones? En Nápoles, la prudencia escaseaba más aún que en Roma. El sucesor del rey Bomba, ignorante y de entendimiento romo, dominado por feroz y cobarde camarilla, sólo veía su salvación en el absolutismo, la delación y el terror, y hacía un año despreciaba los consejos de Napoleón III, que le instaba á dotar á sus súbditos de una constitución y aliarse con Cerdeña. La fermentación en el reino fué creciendo de día en día, al extremo de estallar en Sicilia, el siete de Abril, un movimiento, que sirvió de motivo al partido revolucionario para emprender una campaña á favor de la unidad italiana. Sin recatarse, públicamente, organizó

Garibaldi en Génova, adonde afluían voluntarios de todos los países, un cuerpo expedicionario, á la cabeza del cual se proponía ir á apoderarse de la isla insurrecta. Víctor Manuel y Cavour hacían la vista gorda, reservándose condenar al osado cabecilla si fracasaba, apropiarse sus conquistas, á pretexto de garantizar á Italia de la anarquía, si salía airoso. De esta suerte, el intrépido guerrillero, en la noche del cinco al seis de Mayo, embarcó su pequeña tropa, menos de dos mil hombres, en dos navíos, que la escuadra piemontesa de Percano dejó pasar y que el once fondearon en Sicilia, donde el pequeño grupo se transformó á los pocos días en verdadero ejército, levantándose todas las poblaciones por los revolucionarios, que volaron de triunfo en triunfo. En los primeros días de Junio, después de encarnizada lucha, Garibaldi apoderábase de Palermo, y antes de terminarse el mes, la isla entera, excepto Mesina y algunos puntos de poca importancia, reconocía su autoridad.

Las principales cortes de Europa, disgustadas de una expedición favorecida por el gobierno sardo, con menosprecio del derecho de gentes, pidieron explicaciones á Cavour, el cual contestó, con mucha calma, que no había tenido arte ni parte en la empresa de Garibaldi, ni había estado en su mano el evitarla, y añadía que, si Austria no impedía á sus súbditos ir á alistarse al servicio del Papa y del rey de Nápoles, natural era que Cerdeña no se mostrase más severa con aquellos de los suyos que iban libremente á sostener la causa de un pueblo oprimido. Las potencias no insistieron; porque Inglaterra, en el fondo, aplaudía á Cavour; los gabinetes de Berlín y de San Petersburgo no simpatizaban con el rey de Nápoles hasta el punto de tomar las armas por él; Austria se recogía y esperaba su hora; el gobierno francés no podía combatir la política sarda. En estos momentos, cuando ya no había remedio, solicitó el rey de Nápoles, por mediación de Napoleón III, la alianza con Cerdeña. Cavour preguntó al Emperador de los franceses si creía justo que Víctor Manuel comprometiese su popularidad en Italia para consolidar el trono vacilante de uno de sus más crueles enemigos, y exigió, para aceptar la alianza, que el rey de Nápoles otorgase una constitución á sus súbditos y la pusiese inmediatamente en vigor. Esta constitución, la misma que su padre había dado en mil ochocientos cuarenta y ocho, Francisco II la prometió el veintiséis de Junio, la promulgó cuatro días después y convocó el parlamento para el diez y nueve de Agosto; pero nadie tomó en serio estas concesiones. La camarilla disuadía al joven rey de cumplir su palabra; fomentaba en la guardia real y en el populacho soez manifestaciones absolutistas, de que se originaban motines de mal augurio para la dinastía, y á fines de Julio, Francisco II, tomando por pretexto esta agitación, aplazaba para fecha indeterminada las elecciones parlamentarias. Tanto valía suicidarse. Sus generales, sus consejeros, sus mismos parientes, comenzaron á abandonarle ó venderle, y la inmensa mayoría de sus súbditos dirigía sus miradas impacientes hacia el estrecho de Mesina.

El incansable Garibaldi, invitado oficialmente por Víctor Manuel á detenerse, respondió, el veintisiete de Junio, que se veía forzado, muy á pesar suyo, á desobedecerle. El rey se calló. ¿Cómo no había de desobedecer Garibaldi y callarse el rey, si el veintiocho de Julio Cavour escribía al almirante Percano esta carta íntima: «Me regocijo por las victorias de los ejércitos italianos. *Transmitid* á Garibaldi la expresión de todos mis votos por sus triunfos. No veo por qué había de impedirse ahora pasar á tierra firme: la empresa no debe pararse á la mitad del camino. La bandera nacional, levantada en Sicilia, flotará al través del reino y á lo largo de las costas del Adriático, hasta que se despliegue sobre esta reina de los mares. Preparaos á plantarla, mi querido almirante, con vuestra mano sobre los baluartes de Malamocco y San Marcos». Gustoso habría enviado el gobierno francés una escuadra al faro de Mesina; pero Inglaterra, que no hallaba inconveniente en que el Piamonte efectuase nuevas anexiones desde que el gabinete de Turin le había asegurado que no cedería á Francia un palmo más de territorio, recordó á Napoleón III que se había adherido al principio de no intervención, y este soberano, que á la sazón no podía indisponerse por los asuntos de China y de Siria con el gabinete de Londres, se abstuvo de intervenir contra Garibaldi, el cual pasó el estrecho de Mesina el ocho de Agosto de mil ochocientos sesenta. El gabinete de las Tullerías se limitó á echar sobre Inglaterra, en nota diplomática, la responsabilidad por los sucesos que pudieran ocurrir en Italia, y la corte de Londres, que tampoco quería romper con Francia ni con Austria, se apresuró á declarar que consideraría ilegítimo cualquier ataque de Garibaldi contra Roma ó contra Venecia. Mientras tanto, el héroe revolucionario, aclamado en todas partes, avanzaba rápidamente hacia Nápoles. Para el pueblo, supersticioso y dado á lo maravilloso, Garibaldi se transformaba en personaje sobrehumano, especie de mágico. «Su camisa está hechizada, decían las gentes; después de la batalla, la sucude y las balas caen.» «Los ángeles le protegen con sus alas, repetían las mujeres; es invulnerable, porque fué vacunado con una hostia consagrada». Abandonado de varios de sus ministros, de sus generales y hasta de uno de sus tíos, Francisco II salió de su capital el seis de Septiembre, retirándose, con las tropas fieles que le quedaban, en dirección á Gaëta. Al día siguiente, Garibaldi entraba triunfalmente, sin escolta, rodeado de muchedumbre frenética, en Nápoles; instituíó un gobierno provisional, y anunciaba el propósito de continuar su marcha hacia el Norte, hasta proclamar á Víctor Manuel rey de Italia de lo alto del Quirinal ó del Vaticano. En estos instantes, dominábale, al parecer, el partido avanzado. Mazzini había acudido á Nápoles; los amigos de este se apretaban en torno del dictador; la revolución, empezada en nombre de la monarquía, amenazaba acabar en nombre de la república.

Cavour, queriendo detener á Garibaldi, que con sus temeridades podía perjudicar á la causa italiana, envió á Nápoles, antes de abandonarla Francisco II, varios navíos y unos

tres mil *Bersaglieros*, que desembarcaron después de la salida del rey, pero que no pudieron pensar siquiera en cerrar el camino al ejército revolucionario. Con su gran presencia de ánimo y su sagacidad, Cavour, en la crisis que amenazaba á Europa, adoptó la táctica de persuadir á las potencias, y especialmente á Francia, que, ante la revolución desbordada en Italia, el Piamonte y su ejército eran el único escudo de la paz europea. A fines de Agosto, aprovechando la circunstancia de hallarse Napoleón en Chambery, con motivo de girar una visita por Saboya, le envió á su compañero Farini, ministro de lo Interior, y al general Cialdini, los cuales le manifestaron que urgía detener á Garibaldi, el cual no tardaría en marchar contra Roma y, tal vez, dejar á Mazzini proclamar en ella la república, y que no pudiendo Francia volver sus cañones contra la revolución italiana, ni permitir á Austria efectuar la contra-revolución, ni empeñarse en nueva guerra contra esta potencia, debía dejar á Cerdeña el cuidado de salvar el orden monárquico, consintiéndole enviar un ejército á la frontera napolitana, al través de las Marcas y arrollando, por consiguiente, el ejército de Lamoriciere. Que esto era una violación del derecho de gentes, cierto; pero, acaso, ¿no amenazaba el ejército pontificio las antiguas Legaciones y Toscana? ¿Y no llamaban los habitantes de las Marcas á voz en grito á Víctor Manuel? El taciturno Emperador de los franceses escuchaba sin responder; mas, al fin, recordando los grandes compromisos que tenía contraídos con Cavour y disgustado de la violenta conducta del Papa, dió á entender confidencialmente que, si en público debería desaprobado la nueva política de Cavour, no la contrariaría de hecho. «*Fate presto, obrad deprisa*», les dijo, y como si quisiese escapar al espectáculo de los sucesos que iban á desarrollarse, partió enseguida para Argelia.

«Obrar deprisa» era también la intención de Cavour, quien, el siete de Septiembre, dirigió al cardenal Antonelli la intimación de disolver inmediatamente las fuerzas de Lamoriciere, y sin esperar la respuesta, que había de ser negativa, mandó al general Cialdini pasar con sus tropas la frontera de Ombría: el diez y ocho del propio mes, el ejército del Papa huía á la desbandada en Castellidardo, y el veintinueve, su jefe, bloqueado en Ancona por mar y por tierra, se entregaba con los pocos soldados que le quedaban. Cialdini se abstuvo de tocar al pequeño territorio designado con el nombre de *patrimonio de San Pedro*, y después de haber atravesado las Marcas, llegó, á primeros de Octubre, á la frontera de las Dos Sicilias. ¿La pasaría? ¿Qué duda cabe? Ciertamente que no estaban en guerra el rey del Piamonte y el de Nápoles; pero ni Víctor Manuel ni Cavour entendían de escrúpulos cuando de anexiones se trataba. Juntábase á esto que les tenía intranquilos la actitud de Garibaldi, el cual, al tiempo que declaraba trabajar por Víctor Manuel y por la unidad italiana, expresaba la intención de aplazar el plebiscito de las Dos Sicilias á favor del Piamonte hasta después de la conquista de Roma; gobernaba desastrosamente, rodeado de una pandilla revolucionaria, hostil más que propicia á Cavour